

**EMMÁNUEL LIZCANO. (2006).** *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones.* Madrid: Ediciones Bajo Cero / Traficantes de sueños, 274 pp.

*Metáforas que nos piensan* es un título metafórico pues, por definición, una figura de lenguaje no es una mente y, en consecuencia (entre nosotros), su absurdo revela un enigma que su autor promete interesante —si cavilamos alguna solución que acaso nos aguarde—. Al pensar —verbigracia, una metáfora—, ¿pensamos o (so)pesamos? ¿Es ese etéreo jugo de cerebro como la gota de lluvia que cae sobre una montaña y *sigue el curso de menor resistencia* hasta absorberse en el suelo o unirse a otras y formar caudal y hasta un océano? Acaso sea grave que pensar obedezca a la Ley de la Gravedad. *Sin saberlo*, usar irreflexivamente ciertos lugares comunes nos hace creer, decir e incluso hacer cosas que *nunca habríamos pensado*.

Si para poder decir lo que pensamos empezamos, como nos avisa Lizcano, por pensar lo que decimos, nos llevaremos turbadoras sorpresas. Aunque si uno es un ser humano castizo antes reculará y preguntará: y esto, ¿para qué? Así el prologuista, como tantos otros cabales y sensatos pensadores antes que él, se pregunta amistosamente si un varón de buen carácter y mejor juicio puede honrada y verazmente sostener que el mundo no es ya creación divina ni orden natural sino fabricación humana y que la verdad de cuanto aseveramos sobre él depende verdaderamente de la vida que hagamos. Que sí puede, lo prueba el tomo; que sea cuerdo, a menudo lo disputa esta duda inmarcesible: pues que uno solo puede poco, ¿de qué modo podrá con certeza y legitimidad persuadir a otros de cooperar con él en lo que le parezca bien? Si la ciencia no es mejor que otras creencias,

en buena hora repudiaremos la ‘cientificación’ de nuestra subjetividad —y de nuestra ‘socialidad’— pero, entonces, ¿cómo ganar aliados para causas justas y buenas sin el aglutinante de una verdad incommovible? Dicho en otras palabras, ¿puede edificarse algo sobre los escombros de la deconstrucción de las ciencias empíricas, las matemáticas y todo modo moderno de construcción social de conocimiento, o nos deja esto inermes ante el poder sin conciencia —ni reflexiva ni moral— de los neo-autoritarismos, religiosos o seculares, que hoy por doquier campan y rampan?

Lo que cuenta, pues, es el poder y en tal rubro ante el umbral de esta obra podría figurar esta admonición: ‘pierda toda esperanza de saber/poder universal quien este libro leyere’; lo que dice, vale sólo *hic et nunc*. Lizcano es un ácrata consecuente, un libertario claro que no acata más señor que su juicio honrado, su voluntad soberana o el acuerdo libre del grupo al que libremente ceda, para el caso, su albedrío; es un anarquista, o sea, alguien sin principios (y sin príncipes, que de ambas maneras podría traducirse el ático *arxé*), cosa de gran mérito, y asaz difícil pues sin principios muchos no saben por dónde empezar ni —que es lo que más les interesa— si acabarán por llegar donde desean. Eso no arredra a Lizcano, pues le importa realmente la gente real y no hay más camino real a la realidad que la imaginación y sus imaginarios. De tan obvio sonroja escribirlo. (Además, si las matemáticas tienen números imaginarios, ¿por qué no iban a tener las ciencias sociales imaginarios de su mismo jaez?)

Aquí, un occidentalista militante diría: 'Defina usted, ¿qué es el imaginario y, en especial, el de especie colectiva?' Pero eso es lo primero y capital que Lizcano abomina; de su viaje por las matemáticas chinas antiguas volvió convicto de que, para pensar ciertas cuestiones, los 'con-ceptos claros y dis-tintos' son des-ventajosos frente a las 'nociones con-no-tativas y e-vocativas' del Catay. Pero aún repudiando aquí y allá, como vicios nefandos, vetustos y venerandos usos cognitivos como la abstracción y el análisis, Lizcano asume implícitamente que *imaginario* es noción analítica, pero *¿sui generis?*: un imaginario es una ¿entidad? No, gracias. Un *magma* de fijeza y discontinuidades, hibridaciones y préstamos, propio de individuos, grupos, clases, culturas, épocas y de toda otra categoría social identificable con un discurso característico.

Por eso suena algo teológico cuando accede a *especificar cómo* —no qué— es un imaginario: indefinible fuente de toda definición, sentido, pensamiento, juicio, tradición innovadora hecha de prejuicios creativos y ser-en-devenir-institu-yente-desde la tensión de su intrínseco e insoluble conflicto interno, hecho de contradicción, inconsistencia y paradoja entre sus símbolos, icónicos o verbales, sus analogías y otros tropos que expresan anhelos de formas estables de autoorganización colectiva, acendradas fantasías —locas, utópicas, lúcidas o tópicas— y diferentes mundos de lo no humano, propicios todos a unos u otros intereses, temores, visiones, ambiciones o quimeras. En suma, es una heterogénea convención inexistente (o no) en simbiosis con la colectividad que genera y lo genera; y su más destacado componente son las metáforas —ese *tropo* delicioso que revela que algo es y no es ese algo porque es y no es otra cosa en la que no pensábamos, como en *mirada de azahar* o *raíz cuadrada*, por decir alguna—. ¡Ah, y es hembra: es la

'matriz' fundamental que ordena y organiza el pensamiento, que aparece repetidamente 'preñada' de sentidos, siempre 'gestando' significados y a cada rato 'alumbrando' radiante nuevas 'concepciones' y percepciones del mundo y su vivir emocionado, etcétera! En cambio, la Razón debe ser macho y puritano, pues sólo admite la 'erección como concepto puro' del que fuera 'puramente concebido' (245).

Como vía de indagación social, Lizcano privilegia el estudio del imaginario colectivo porque está en el origen de las formas más efectivas de persuasión. La ciencia es su ejemplo más preclaro en tanto que ha logrado que sus procedimientos de construcción de conocimiento y persuasión retórica aparezcan como meros actos de de-velamiento: des-cubrimiento y de-mostración. Las ciencias son excelentes medios de conocimiento, mejores *en general* que otros más fantásticos, pero, al ser el imaginario que mejor oculta su irracionalidad original, caen a menudo en la immodesta pretensión de ser un conjunto de verdades únicas y universales, cuando hay muchos momentos y contextos en que otros saberes las aventajan —el empirismo indígena y local, tantas 'etnomatemáticas', la intuición afectiva, según el caso—, así como circunstancias en que ciertas relaciones ontológicas esenciales son obviamente verdad en verano y ridículamente falso en invierno (*vid.* 179-181). En estas páginas Lizcano, como Whitman en el *Canto a mí mismo*, rehúsa mirar a través de los ojos de los muertos, de metáforas muertas que creemos conceptos *puramente* denotativos; antes que eso mejor mirar a través de los ojos *de los vivos* y mejor aún escucharles, y por eso narra caso tras caso en que, desde imaginarios, metafísicas y ciencias diferentes, otras formas de vida social —y, en particular, intelectual— son posibles.

Entre muchos deliciosos cuentos chinos, amerindios, gitanos y otros —que

invito al lector a disfrutar con fruición—mi favorito es el muestra que hasta la sensorialidad está modelada por el imaginario (y por eso empirismo y racionalismo son variantes y *no* alternativas de él), la que narra las tres maneras distintas que tres tribus tienen de entender los fuegos: como humos (olor), como calores (tacto) o como reverberación de colores (visión); tres *reduccionismos* que añadir al nuestro, tan visual, en principio, pero que lo único que mira son registros escritos de ‘radiación térmica’, porque para nosotros la realidad es un caos material al que, esencialmente, le subyacen números. Es desde esa brutal metáfora que abstrae del mundo todo lo sensorial y significativo —desde un saber sagrado de urbanitas burgueses cuya pretendida necesidad, universalidad y exclusividad destruye las singularidades de los otros— que nuestra cultura impone al resto la misma devastación y les instila, de mejor o peor fe, su propio imaginario oculto.

Como vía de indagación del imaginario —en particular del científico ‘occidental’— Lizcano privilegia el estudio de las metáforas, con todo el sesgo cognitivo, emocional y axiológico que acarrearán, y en especial un método que podría llamarse *subversivo*: la técnica básica consiste en re-escribir la metáfora de modo tal que su morfología muestre, por etimología o asociación semántica, un sentido latente distinto —y revelador— del tenido por único, denotativo, factual; en la versión avanzada, el término metafórico se sustituye por otro —lo más sencillo es usar un antónimo— que sea inteligible, plausible (aunque inverosímil desde el entendimiento convencional dominante) y contradictorio con el original en su sentido y en sus implicaciones cognitivas, prácticas y políticas. Lizcano cree, con motivo, en la palabra y, sobre todo, en el poder de las metáforas; dice: «Conservadlas y conservaréis el mundo. Cambiadlas y cambiaréis el mundo.» (71)

Así es la vida.

El tema vertebral de este libro es la transmutación metafórica y retórica de la ciencia —hija del imaginario burgués europeo y eficaz en su contexto— en ideología que legitima la dominación del capitalismo global —su ‘pretensión de destino’ lo llama bellamente (231)—. Abundan en ello capítulos que denuncian cómo el laboratorio científico (fuente), la escuela (cauce) y el despacho gerencial (central de producción de energía —*power*: poder—) generan universales ‘legales’ que devastan las concepciones del mundo local y temporalmente situadas, para las que el sujeto, la cuestión, el contexto y el saber relevante son concretos o no son —y la *Razón Científica* sentencia: como no son, que dejen de ser—; o cómo la retórica que opone el *impacto* (benéfico) de la ciencia a la *invasión* (patógena) de toda otra forma de saber y enfrenta ambas empresas cognitivas en términos de imágenes bélicas.

Como bélico o al menos policial ha sido históricamente en muchas partes la imposición de la escolaridad, la alfabetización, la inscripción en el censo electoral, el Imperio de la Ley abstracta, los mercados atomizados (de un lado, oligopólicos del otro) y la gestión tecnoburocrática, todo legitimado siempre apelando a la superioridad cognitiva y moral de la ciencia y a la superior utilidad del saber técnico, y siempre desahuciando de su propio conocimiento local —o robándolo sin rebozo— a la siguiente población que el Moloch del crecimiento necesita movilizar para alimentarse. Lizcano denuncia en varios momentos que la argumentación por reducción al absurdo es un truco sofista que amenaza con el ostracismo de la incompetencia a quien pretenda sostener una proposición que esté en contradicción con los axiomas de la tribu; tiene sentido, pero no sin excepciones, ni sin opción de revisar los axiomas, pues más allá sólo está la fuerza bruta y

¿hay mayor reducción al absurdo que recurrir a la violencia, para imponer una convención? ¡Mucho debe importar a muchos, y muy seguros deben estar de que lo vale!

Como bien aclara Lizcano, empero, esto no es una película de buenos y malos: 'todos somos indígenas, ingenuos [sobre todo de niños]. Pero también todos somos colonizadores.' Por eso el anciano sioux Black Elk añora cuando el suyo fuera 'un pueblo fuerte y dichoso' (206). Por eso, el repudio de la democracia parlamentaria, el Estado de Derecho o la alfabetización nos parecen blasfemias; suena como si alguien sugiriese que volviésemos a nuestra antigua religión, con sacrificios humanos y canibalismo ritual. No es eso, pero son nociones casi vecinas en nuestro imaginario. Todos los imaginarios y todas las culturas son expansivos como el prurito sexual genera crecimiento demográfico y el interés compuesto sin corrección fiscal desigualdades económicas que se acumulan exponencialmente; en nuestro mundo desigual y devastador la 'estructura mediático-productiva' conforma una inmensa pirámide trófica, en la cúspide el selecto club hiper-opulento, en la base una famélica legión de cientos de millones de seres humanos. No es la gente, es la estructura, es decir, la gente que reproduce —muchos, aun sin saberlo— la estructura. ¿Hemos de perdonarles y seguir pasivos 'porque no saben lo que hacen? Al menos quienes detenta la responsabilidad pública presumen de saber lo que hacen, así que la respuesta es 'No.' Y no importa si son economistas de Chicago, gerentes de corporaciones de Houston, tecnoburócratas bruseleses, falócratas tai o ulemas bagdadíes; tanto las cifras abstractas como el verbo sagrado se inclinan igualmente hacia la muerte violenta de las diferencias locales.

Oportunamente, Stephan Zweig nos ha recordado las palabras de Sebastián Cas-

telio en su alegato contra Calvino por el asesinato de Servet: 'Matar a un hombre no es defender una doctrina. Matar a un hombre es matar a un hombre.' Y cuando tenemos el cuajo de leer o escuchar las noticias, ¿qué cifras permanecen más tiempo reverberando luego en nuestras pajarreras; cuáles brotan con más facilidad en una plática social: las decenas de miles de muertos de cada estación seca en Malawi o Somalia, las de los inmigrantes 'sin papeles' de la oleada más reciente, o las de los precios de los carburantes? Y no vale decir 'que cada palo aguante su vela', porque los 6.500 millones de velas del candelero terráqueo alumbramos gracias a una distribución muy desigual de las inversiones precisas para mantenernos vivos, productivos e integrados; como desigual es, y aún más, el daño que mutuamente se infligen civilizados y salvajes —a la par en barbarie, de entrada, ciegos y sordos al pliegue entre lo local y lo universal—, y tan desigual es que uno sólo puede gritar ¡tongo! ¿Quién empuña ahora la oscura hoja de obsidiana, quién es el canibal, a quién no le salen las cuentas?

Es aquí donde el abogado hábil llamará a declarar a favor de su cliente al propio fiscal y le hará decir: «Si bien acaso toda sociedad necesite, para instituirse, de una ficción colectiva que le aporte fundamento, cohesión y sentido, y si es cierto que esas funciones sólo se cumplen en la medida en que se olvide el carácter ficticio de esa ficción fundacional y venga tal ilusión —relegada ya al inconsciente— a confundirse con la realidad misma, lo que distingue la ficción tecnocientífica de cuantos mitos, religiones o ideologías ha conocido la historia es la *potencia* de los recursos empleados para imponerse a nivel planetario.» (250). *La cursiva es del abogado*: la eficacia es el argumento epistémico del capitalismo cientifista. Sólo por gracia de la jueza puede el interrogado añadir: «Es precisamente esa pre-

tensión de la ciencia de constituirse en metadiscurso verdadero por encima de las ideologías, saber y opiniones particulares la que la constituye en ideología dominante.» (250) Pero no parece que el jurado vaya a tener en cuenta su aclaración; después de todo, mientras no obliguen a ir a misa ni prohíban las 'otras' medicinas, y mientras curas y científicos no se metan en política...

(¡Pero si lo hacen todos los días —los batones negros más que los blancos, porque la veteranía es un grado, claro, y tienen allí más viejos amigos— ¡Si el *saber separado* del saber popular, sea de la revelación o del descubrimiento (esos primos lejanos) cimientan cada día el *poder separado* del pueblo! El libro termina con la personal opción del autor sobre lo que conviene hacer al respecto).

Al final, el fiscal, dinamitero jondo, sale solo del Palacio de Justicia. Ha tenido suerte: no culpable; menos mal que no era el reo. Un ave que él conoce se posa en su hombro y él la lleva de paseo y le explica: Lo primero que debes saber es que «la matemática es una forma de poesía», sí, sí, 'pura poesía, *poesis*, construcción' o incluso creación. ¿Sabías que los ideogramas chinos, también los matemáticos, son como nuestras notas musicales en que el valor concreto de cada una resulta de los signos que la rodean tanto como de los usos suyos que (el/la) intérprete conozca y del sentido que halle en cada nota o pasaje y en la obra como un todo? ¿Sabías que nuestra misma cultura cultivó la música como una disciplina matemática durante milenios? Este saber debería pertenecernos como la punta de nuestros dedos o la comisura de nues-

tros labios y deberíamos celebrarlo solemne y jubilosamente pues, como Lizcano dice de lo que dice —y yo mismo digo de lo que aquí he dicho—: «todo era nada más que un juego. Nada menos que un juego». Y nada hay más serio, como saben, mejor que nadie, los niños. Al fin y al cabo, «Las cosas están hechas del material de los sueños. Y muchas no son sino pesadillas.» (238) Por eso hay que acabar con esas —y perdón por el eufemismo— poderosas ficciones (léase, eficaces mentiras), consolar por su valiosa pérdida a sus bárbaros gemebundos que se habían encariñado con ellas y sustituirlas por mitos más equitativos y habitables.

Pero, pero ¿y las matemáticas? ¿Cómo contar, medir, calcular, ordenar, agrupar, dibujar figuras, etc.? Todas en libertad sin cargos. ¿Y la ciencia? Donde actúa de modo que «la ficción se torna fingimiento: en el minucioso trabajo que el científico y el divulgador suelen tomarse para borrar toda traza de la impronta *poética* de su actividad.» (230), ¡Culpable! Y pague la levísima multa de pechar con las críticas de relativistas, constructivistas, estudiosos de etnociencias y poshumanistas, además de sufrir las resistencias indígenas que reivindican sus saberes tradicionales y la de la masa popular cada vez más *resabiada*! ¿Cómo llegar, pues, al fin, a acuerdos justos: queriendo las partes; y respetándose, comprendiéndose, queriéndose y siendo mutuamente solidarios? Ten confianza, sin ser incauto; ten paciencia, sin olvidar que, lo bueno, mejor hoy que mañana y... Prueba, probad.

Juan Manuel Iranzo